CÓMO EISENHOWER ENTREGÓ CUBA A CASTRO RUZ

THE FOURTH FLOOR
(EL CUARTO PISO)

Dedicado a mi
Esposa Florence

Edición Bolivar Siete
Maracaibo
República Bolivariana de Venezuela
2002

Indice

INTRODUCCION

Al embajador norteamericano en Cuba, Earl E.T. Smith, se le encomendó la tarea de cesar al presidente Batista, así como suena, "cesar", para que todo el poder quedara en manos de Fidel Castro Ruz, sin Congreso ni Suprema Corte.

Posteriormente el embajador Smith renunció para escribir y publicar su extraordinaria misión. En este libro relata, paso a paso, cómo el régimen del presidente Eisenhower se empeñó en que Castro Ruz llegara al poder.

A continuación, frases textuales del embajador Smith: "El periodista Matthews (New York Times) elogiaba a Castro, lo pintaba como un Robin Hood político y lo comparaba con Abraham Lincoln,"(Pag. 14).

"Pasé días enteros hablando con personas que conocían a Castro desde su niñez. La opinión unánime fue de que Fidel era un terrorista inestable". (Pag. 35).

"El Partido Comunista en Cuba sólo tenía diez mil miembros." (Pag. 39)

"A principios de 1958 la radio de Moscú apoyó abiertamente a los revolucionarios de Castro." (Pag. 42)

"No acuso a nadie de falsificar deliberadamente los hechos, pero pude percatarme de la parcialidad de los informes, y la parcialidad (de la prensa de EE.UU.) era siempre favorable a Castro Ruz." (Pag. 46)

"En las plazas públicas de Cuba, los terroristas hacían estallar bombas. Mujeres y niños quedaban lisiados. Los castristas ponían bombas en los teatros, las escuelas, las tiendas, en todas aquellas partes donde se reunía una multitud." (Pag. 46).

"Al público norteamericano se le hizo creer que los problemas fundamentales de Cuba eran económicos y sociales. No es cierto. Los problemas fundamentales eran políticos. El mejor año económico de la historia de Cuba fue 1957." (Pag. 46).

"Los Estados Unidos no podrán tratar nunca con Fidel Castro." (Pag. 53)

"Batista me decía: 'Viene Ud. a verme para que proteja las propiedades norteamericanas. Es esta una obligación del gobierno que sabré cumplir. Sin embargo, no puedo comprender por qué su gobierno se niega a vender armas a mi

gobierno, que es amigo de ustedes y enemigo del comunismo.' " (Pag. 59).

"Desde Florida salían soldados, municiones y armas en corriente incesante, y se entregaban a los castristas que se hallaban en las montañas de la Sierra Maestra." (Pag 68).

"Los revolucionarios seguían recibiendo embarques de armas de los Estados Unidos, Venezuela, México y otros países." (Pag. 100).

"La prensa de Estados Unidos siguió interviniendo en los asuntos de Cuba." (Pag. 132).

"En realidad, interveníamos para provocar la caída de Batista y entregar el gobierno a Fidel Castro." (Pag. 137).

"Los revolucionarios de Castro exigían tributo en toda Cuba. Para fines de 1958 exigían también tributo de las empresas y propietarios norteamericanos." (Pag. 151).

"Esta política abría la puerta a los dictadores izquierdistas y al Partido Comunista." (Pag. 162).

Y así, paso a paso, el régimen del presidente Eisenhower fue minando al gobierno constitucional de Batista hasta que se le ordenó al embajador Smith que le comunicara a Batista que se daba "por terminado su gobierno".

Batista quería exiliarse en Florida, pero no se le permitió. Debería irse del Continente americano.

"Fidel Castro expropió ilegalmente unos mil millones de dólares de inversiones norteamericanas". (Pag. 198).

A Castro Ruz se le permitió todo, no obstante que gracias al apoyo de Washington había llegado al poder. ¿Por qué?

¿Por qué erigir esa dictadura comunista frente a las costas de Estados Unidos?

¿Por qué tolerar esa dictadura durante 44 años, cuando la política estadounidense es de apoyo a las democracias?

Castro Ruz fue protegido del presidente Eisenhower, quien estaba empeñado en hacer de la Isla una base para exportar el comunismo a toda Iberoamérica y acabar con la tradición cristiana y con el nacionalismo hispanoamericano.

El experimento fracasó, a pesar del terror castrista y de frecuentes matanzas.

El respeto que se le tiene a Castro Ruz es (en el fondo) el respeto que se le tiene a la POLITICA SECRETA de la Casa Blanca.

Prólogo

Me decidí a escribir la presente obra porque estoy convencido de que mi experiencia como embajador de los Estados Unidos en Cuba fue insólita en el sentido de que viví la revolución comunista de Castro, y considero que tengo con el pueblo norteamericano la obligación de demostrar que no era forzoso que ocurriera dicha revolución. Gracias a esa experiencia, no solamente he descubierto que el mecanismo de nuestras relaciones con Cuba era defectuoso, sino también que el modus operandi *para determinar nuestra política no es sólo inadecuado, sino peligroso para la defensa de nuestra patria. En el Capítulo XXII de este libro resumo las conclusiones a que he llegado gracias a esa experiencia.*

Cuando empecé a trabajar en este relato de mi experiencia como embajador de los Estados Unidos en Cuba, me inquietaba la responsabilidad: había trabajado en un órgano gubernamental, había sido nombrado por el Presidente Eisenhower y había trabajado a las órdenes del Secretrio de Estado John Foster Dulles, por quienes siento un gran respeto.

Los hombres a quienes tendré que censurar fueron mis colegas, y a algunos de ellos los admiro como funcionarios del gobierno y les profeso simpatía como seres humanos. Es difícil ser tan objetivo que se olvide uno de todos estos factores humanos, y es aún más difícil introducir en la compleja vida de

una nueva administración pública la crítica de un gran departamento del gobierno que, a mi juicio, necesita mejorar sus métodos internos.

¿Adoptaré la actitud de aquél al que le dan la oportunidad de vivir una experiencia interesante y guarda silencio? Muchos la adoptan porque es el camino más fácil. No está en mi naturaleza perjudicar a nadie ni considerar que mis ideas son superiores a las de los demás. ¿Por qué no dedicarme a lo que me interesa, llevar la vida tranquila a que estoy acostumbrado y dejar a los periodistas la tarea de revelar la verdad?

Por otra parte, no puedo olvidar que los Estados Unidos han sido generosos conmigo y con mis antepasados, y que mi primera obligación es para mi patria. Eso es lo que me enseñaron a creer. De lo contrario, nunca habría aceptado un puesto público ni habría prestado el juramento de proteger y defender a este país.

Por lo tanto, sólo he escrito este libro como una nota a la historia y a la ciencia del gobierno. No puedo tener otro propósito.

EARL E. T. SMITH

Nueva York, junio de 1962.

Capítulo I

ME NOMBRAN EMBAJADOR

Presté juramento como embajador de los Estados Unidos en Cuba el 13 de junio de 1957, en una ceremonia a la que asistieron mi esposa; mis dos hijas, esposas de Augustus Paine II y de William Hutton; la esposa de un joven senador de Massachusetts, John F. Kennedy; el Secretario de Estado, John Foster Dulles; Wiley Buchanan, jefe de protocolo, y otros funcionarios del Departamento de Estado.

Cuando no he estado al servicio de mi país, he trabajado activamente como corredor de inversiones y director de una sociedad anónima. He sido miembro de la Bolsa de Nueva York durante más de treinta años.

He participado en la política, tanto en el nivel nacional como en mi Estado natal de Florida. He servido a los Estados Unidos por designación presidencial de Franklin D. Roosevelt como uno de los miembros de la Junta de Producción Bélica, con el sueldo de un dólar al año, y después de Pearl Harbor como miembro de las fuerzas armadas en ultramar durante la Segunda Guerra Mundial. Me nombró el Presidente Eisenhower para acompañar al Vicepresidente Nixon en enero de 1956 como miembro de la delegación norteamericana a la toma de posesión del Presidente brasileño Juscelino Kubitschek en Río de Janeiro. Fui designado embajador del Presidente Eisenhower en tiempos muy difíciles. Fui elegido personalmente por el Presidente Kennedy para servir como embajador en

Suiza. Aunque me honró el hecho de que el Presidente Kennedy creyera que podía ser útil a mi patria, le pedí que retirara mi nombre debido a la controversia que esto suscitó.

El gobierno suizo representaba los intereses de los Estados Unidos en Cuba. Mi oposición a Castro y a su gobierno era bien conocida y se remontaba a la época en que presté mis servicios en La Habana. Había indicios de que los suizos consideraban que mi presencia en Suiza complicaría las responsabilidades que había asumido su gobierno a favor de los Estados Unidos en Cuba. Debido a ello, escribí al Presidente: "A mi juicio, será para bien de los intereses de mi patria en esta cuestión que no se tome en cuenta mi nombre como embajador en Suiza."

Cuba fue una misión diplomática que desde hacía mucho había deseado. Mi interés por Cuba nunca fue superficial; he visitado ese país desde 1928. Conozco al pueblo y al país, y tengo muchos amigos cubanos. He hablado el francés y el alemán desde mi niñez. Estudié el español en la Escuela del Servicio Exterior y seguí tomando lecciones de este idioma en la embajada de La Habana. Había viajado mucho y conocía bien a Cuba, y consideré que podría juzgar los pensamientos y sentimientos del pueblo cubano debido a la estrecha relación que había tenido con la isla durante tantos años. Me daba muy bien cuenta de que la misión sería una especie de desafío personal, pero esto no hizo más que estimular mi interés.

Sabía, aun antes de ir a Cuba, que tendría que tratar con la revolución de Castro. Ignoraba entonces que fuera una revolución comunista, y ni los funcionarios del Departamento de Estado, ni Herbert Matthews, del *New York Times,* con quien recibí instrucciones de obtener una orientación general, me informaron que entre mis obligaciones figuraría la de observar la revolución comunista de Castro.

Hoy sé que quienes se encargan de los asuntos cubanos en el Departamento de Estado habían sido advertidos por muchas fuentes de la infiltración comunista en el Movimiento

26 de Julio[1] y de que algunos simpatizadores comunistas ocupaban puestos importantes en el Movimiento, sobre todo entre las tropas que dirigía Raúl Castro.

Desde la época en que Castro desembarcó en la Provincia de Oriente en diciembre de 1956, el Departamento de Estado recibió informes sobre la probable infiltración y explotación comunista del Movimiento 26 de Julio. El Departamento de Estado tenía conocimiento de las relaciones de Castro con los comunistas de México. Ciertos funcionarios de dicho departamento conocían el papel que había desempeñado Castro en el levantamiento de inspiración comunista de Bogotá, conocido con el nombre de "bogotazo", de 1948. Además de mis informes y de la información que recibía de otras fuentes, el Departamento de Estado contaba también con los informes de su propia Oficina de Investigación e Inteligencia.

Nada de esto se dio a conocer al pueblo norteamericano. Ahora estoy convencido de que ni al Presidente Eisenhower, ni al Secretario de Estado John Foster Dulles, se les dio la información de que disponían los funcionarios del Departamento de Estado y la Agencia Central de Inteligencia (CIA).

Mi orientación oficial comprendió una larga conversación en Nueva York con Herbert Matthews. Dicha orientación me la sugirió William Wieland, director de la Oficina de Asuntos del Caribe y de México, y fue aprobada por Roy R. Rubottom, Subsecretario de Estado para los Asuntos Latinoamericanos.

El señor Matthews me informó que tenía puntos de vista muy bien fundados sobre Cuba y la América Latina en general. Tenía la firme creencia de que sería mejor para los intereses de Cuba y del resto del mundo que Batista abandonara el poder. El señor Matthews tenía una opinión muy desfavorable de Batista. Lo consideraba un dictador derechista, cruel y corrompido.

---

[1] El nombre tiene su origen en el ataque al cuartel "Moncada", en Santiago, el 26 de julio de 1953, que fue dirigido por Fidel y Raúl Castro.

La importancia de la orientación que me dio el señor Matthews estriba en que revelaba el modo de pensar y los objetivos de quienes tenían influencia en el personal subalterno del Departamento de Estado en esa época, pues las opiniones del periodista del *New York Times* sobre Cuba eran objeto de gran publicidad. En febrero de 1957, Herbert Matthews visitó a Fidel Castro en las montañas de la Sierra Maestro. Como resultado de esa visita, escribió tres artículos sobre Castro que aparecieron como columnas principales en la primera página del *New York Times* durante tres días distintos. El periódico publicó también fotografías de Fidel Castro y Herbert Matthews para disipar los rumores de la muerte del primero. En dichos artículos, Matthews elogiaba a Castro, lo pintaba como un Robin Hood político y lo comparaba con Abraham Lincoln.

El 30 de agosto de 1960, al responder al interrogatorio ante un subcomité de la Comisión Judicial del Senado de los Estados Unidos sobre el papel que habían representado los Estados Unidos en la toma del poder de Castro y el comunismo en Cuba, declaré:

> Los órganos del gobierno de los Estados Unidos y la prensa norteamericana representaron un papel muy importante para que Castro llegara al poder.
>
> Tres artículos de primera página del *New York Times,* escritos ya en 1957 por el editorialista Herbert Matthews, sirvieron para inflar a Castro hasta darle una estatura mundial y para que el mundo lo conociera. Hasta ese tiempo, Castro no había sido más que otro bandido en las montañas de la Provincia de Oriente de Cuba, con un puñado de partidarios que habían aterrorizado a los campesinos de toda la región.
>
> Fidel Castro desembarcó en la costa meridional de Oriente en diciembre de 1956, desde México, con una fuerza expedicionaria de ochenta y un hombres. Interceptados por los cañoneros cubanos y los aeroplanos de patrulla, Castro y un puñado de rezagados consiguieron ocultarse en la cordillera de dos mil quinientos metros de la Sierra Maestra.
>
> Después de los artículos de Matthews, que aparecieron tras una entrevista exclusiva por el editorialista del *Times* en el escondite

montañoso de Castro, en los que se le comparaba con Abraham Lincoln, pudo conseguir partidarios y fondos en Cuba y en los Estados Unidos. A partir de entonces, abundaron las armas, el dinero y los soldados de fortuna. Gran parte de la prensa norteamericana empezó a pintar a Castro como un Robin Hood político.

Antes de salir de Washington, concerté una cita con el Secretario de Estado, John Foster Dulles, para ofrecer mis respetos a tan distinguido caballero. Como se preparaba para visitar a Europa, nuestra reunión fue breve. Sin embargo, tuvo tiempo para convencerme del aprecio en que tenía la amistad cubana por los Estados Unidos, tan clara y frecuentemente demostrada por el embajador de Cuba ante las Naciones Unidas, doctor Emilio Núñez Portuondo. Al salir de la oficina del Secretario de Estado, no pude evitar reflexionar sobre sus palabras. Me había causado gran impresión la diferencia de la actitud del secretario hacia el gobierno de Cuba en comparación con las impresiones que había tenido durante mi prolongado periodo de orientación con el personal subalterno, al que muchas veces se da el nombre de "El Cuarto Piso".

Las instrucciones finales que recibí del Departamento de Estado eran de viajar por el país, ver al pueblo y hacer saber a los cubanos que quería conocerlos y conocer sus costumbres.

Llegué a La Habana en el *Grand Haven* el 15 de julio de 1957, desde Palm Beach, Florida, acompañado por mi esposa y mi hijo, el aya de éste y nuestro perro.

Capítulo II

LOS PRIMEROS DÍAS

Entre la salida de La Habana del embajador Arthur Gardner y mi llegada a esa ciudad, pasaron unas tres o cuatro semanas. A nuestra llegada, encontré una atmósfera de inquietud. También me conmovió la esperanza que abrigaba el pueblo de que el nombramiento de un nuevo embajador fuera indicio de una nueva actitud de los Estados Unidos hacia el gobierno cubano.

Algunos de los habitantes de Cuba pensaron que mi nombramiento podía presagiar la intervención directa en los tumultuosos problemas políticos de su país. Sin embargo, mi partida de los Estados Unidos se retrasó deliberadamente para evitar la deducción de que dicho nombramiento había sido un caso de urgencia.

Inmediatamente después de nuestra llegada a Cuba, nos informaron que se habían encontrado tres bombas en los terrenos del Hotel Nacional, donde pasaríamos nuestras primeras seis semanas mientras se preparaba la residencia de la embajada. El consejero ministro Vinton Chapin, que pronto saldría de Cuba para ocupar un nuevo puesto como embajador de los Estados Unidos en Luxemburgo, y otros funcionarios de la embajada tenían la creencia de que las bombas habían sido colocadas por el Movimiento 26 de Julio para recordar a nuestro gobierno que había una oposición activa contra el gobierno de Cuba. No obstante, los revolucionarios enviaron

mensajes a la embajada, por medio de un correo, sosteniendo que las bombas habían sido colocadas por funcionarios del gobierno para impresionar al embajador con la índole terrorista del movimiento revolucionario de Castro. Con ello, me vi inmediatamente complicado en el fiero oleaje de la política cubana.

En la primera reunión con los principales ayudantes de la embajada, expresé francamente que comprendía que en mi puesto no podría ganar ningún embajador, ya que, para ser correcto, el embajador de los Estados Unidos tenía que ser estrictamente imparcial en los asuntos internos del país al que se le envía. Por una parte, el gobierno norteamericano había sido censurado por querer perpetuar la dictadura de Batista. Por la otra, yo era el representante acreditado de los Estados Unidos ante el gobierno cubano de Fulgencio Batista.

Conocía lo bastante a los cubanos para comprender que hay que estar con ellos o contra ellos. El ser estrictamente imparcial significaba que no le agradaría a ninguno de los dos bandos. Estaba dispuesto a aceptar la situación, y dije que mis actos no tendrían más guía que lo que yo considerara mejor para el interés de los Estados Unidos.

Uno de mis primeros actos fue el de dar instrucciones de que no se enviara ningún cable de la embajada sin mi aprobación. Este procedimiento se siguió siempre. Si no estaba yo presente, los cables tenían que ser sometidos a la consideración del subjefe de misión, Vinton Chapin, y, más tarde, al consejero ministro Daniel E. Braddock. Lamenté la partida del consejero ministro Chapin para ocupar su puesto como embajador en Luxemburgo. Fue sustituido como subjefe de misión por el consejero ministro Braddock, funcionario capacitado, leal y escrupuloso del Departamento de Estado.

A las once de la mañana del 24 de julio celebré mi primera conferencia de prensa en la embajada de los Estados Unidos en La Habana. La conferencia duró una hora y quince minutos y estuvieron representados todos los grandes diarios cubanos (solamente en La Habana había diecinueve), así como

los servicios internacionales, revistas y noticiarios de cine. La sala de conferencias del último piso de la embajada estaba apiñada. Sentados junto a mí, frente a la larga mesa, se hallaban el primer secretario John Topping, el consejero ministro Chapin y un intérprete de la embajada que hablaba español. El procedimiento que escogí para reunirme con la prensa fue el de hacer primero una declaración general y luego abrir la conferencia a las preguntas.

Mi declaración inicial fue la siguiente:

Deseo hacerles saber que la señora Smith y yo nos encontramos muy complacidos en Cuba. Los dos estamos estudiando afanosamente el español. Me enorgullece haber sido escogido para esta misión por el Presidente Eisenhower. Admiramos a este país y al pueblo cubano, y nos proponemos ir con frecuencia a otras partes de la isla para conocerlas mejor. Efectivamente, pienso visitar a mediados de la próxima semana, con algunos miembros del personal de esta embajada, a Santiago de Cuba, la Moa Bay, Nicaro y nuestra base naval en la bahía de Guantánamo.

Estoy consagrado a mantener y fortalecer las buenas relaciones entre nuestros dos países. Los cubanos y los norteamericanos han luchado juntos en varias ocasiones en defensa de los ideales democráticos, y las dos naciones, según considero, serán siempre amigas y aliadas en la lucha común contra la subversión comunista. Cuba es tan leal y ha sido tan buena amiga de los Estados Unidos como cualquiera de nuestras naciones hermanas. Con mucho gusto trabajaré por el fortalecimiento de esas magníficas relaciones.

Después de la declaración, se abrió la conferencia a las preguntas. Seguí diciendo que:

La política fundamental de los Estados Unidos hacia Cuba es la de no intervención en los asuntos internos cubanos. Estamos más unidos que otros pueblos del mundo, no sólo geográficamente, sino por afinidad. Estoy cierto de que el pueblo cubano ama la paz y confío en que pueda resolver sus problemas a su manera, pues los problemas cubanos deben ser resueltos por el pueblo cubano, sin intervención exterior [1].

---

1 *Times* de La Habana, 25 de julio de 1957.

Naturalmente, los representantes de la prensa hicieron en seguida numerosas preguntas acerca de cuál de las facciones políticas cubanas sería recibida en la embajada, y socialmente en la residencia del embajador. Reiteré: "Estoy dispuesto a recibir y hablar con cualquiera que se acerque a mí por los conductos normales con el objetivo de explicarme sus puntos de vista, pero no celebraré ninguna reunión clandestina."

Otro miembro de la prensa insistió en el mismo tópico, expresado en lenguaje distinto, pues, con la inquieta y agitada situación política de Cuba, era del mayor interés saber quién sería recibido por el embajador de los Estados Unidos. Querían saber con exactitud qué dirigentes de la oposición serían invitados para conferenciar conmigo en la embajada. Me preguntaron: "¿Quiere usted decir que recibirá y hablará con todos y cada uno de los dirigentes de todos y cada uno de los partidos de la oposición, comprendiendo a los que están empeñados en derrocar al actual gobierno de Cuba por la fuerza?" [2]

Repetí enfáticamente: "No celebraré ninguna reunión clandestina, pero hablaré con todo aquél que se acerque a mí por los conductos normales con el objetivo de explicar sus puntos de vista."

Durante esta conferencia, procuré responder a todas las preguntas con franqueza. Únicamente en la cuestión de cuáles dirigentes de la oposición serían recibidos en la embajada, les pedí que no insistieran, fundándome en que ya había contestado y en que el seguir hablando de ello podría inducir a una mala interpretación. El hecho de que un embajador recientemente nombrado hubiera sido más preciso habría resultado, ciertamente, poco diplomático, y no habría servido de nada en las futuras relaciones con el gobierno ante el cual había sido acreditado, y tampoco habría servido a los partidos de la oposición.

La conferencia pasó a otros problemas. Interrogado sobre si creía que Batista estaba luchando contra el comunismo en

[2] *Times* de La Habana, 25 de julio de 1957.

Cuba de una manera satisfactoria para el Departamento de Estado de los Estados Unidos, repliqué: "A los Estados Unidos le complacen los pasos decisivos que ha dado el gobierno de Cuba para proscribir al Partido Comunista, romper las relaciones diplomáticas con Rusia y establecer un Buró para la Represión de las Actividades Comunistas (BRAC). Tengo la seguridad de que el pueblo cubano es demasiado inteligente para prestar ninguna atención a las mentiras y falsas promesas de los comunistas, o para dejarse engañar por ellas."

Agregué: "Los Estados Unidos y el pueblo norteamericano aprecian, con admiración y respeto, la posición adoptada por el delegado de Cuba ante las Naciones Unidas, doctor Núñez Portuondo, en el discurso histórico que pronunció censurando el papel de Rusia en la supresión de la rebelión húngara del otoño pasado (1956). Consideramos que sus palabras son indicio de lo que siente el pueblo cubano hacia el comunismo."

Los representantes de la prensa hicieron entonces preguntas personales y humorísticas. Un rasgo sobresaliente de la personalidad cubana es el sentido del humor, que no descansa ni siquiera en los momentos más intensos. El embajador de los Estados Unidos en Cuba ocupaba un puesto que sólo era inferior al del Presidente cubano debido a nuestros estrechos lazos comerciales, culturales y sociales. Por lo tanto, el pueblo cubano tenía una curiosidad muy particular sobre los antecedentes, la familia, los pasatiempos y todos los puntos que de una manera casi perturbadora recordaban el interés norteamericano por las estrellas del cine.

La conferencia se dispersó en una vena ágil. Me pareció divertido que me preguntara Ted Scott, columnista del *Havana Post*, quien en los meses venideros resultó ser un amigo leal y valioso: "Señor embajador, como ex campeón de box de la universidad, ¿está usted a favor del derrocamiento del actual campeón del mundo de peso pesado por el retador cubano Nino Valdés, por la fuerza?"

Antes de que un embajador presente sus credenciales al Jefe de Estado de un país ante el cual ha sido acreditado, es

costumbre que la embajada someta el discurso de introducción del embajador al Ministerio de Estado de ese país. Esto se hace con el fin de que el Jefe de Estado tenga tiempo suficiente para preparar una respuesta adecuada.

Mi discurso original de introducción, preparado por la embajada y el Departamento de Estado, declaraba que al pueblo de los Estados Unidos le entristecía profundamente la sangre que se derramaba en Cuba, y que todos los norteamericanos abrigaban la ferviente esperanza de que Cuba encontraría una solución pacífica a sus problemas. Cuando se entregó el discurso al Ministerio de Relaciones, produjo preocupación, ya que esa observación preliminar indicaba que el gobierno de los Estados Unidos no creía que el gobierno de Cuba pudiera dominar la situación política de la isla. Dicha declaración era poco diplomática. Por fortuna, recibí instrucciones de pedir que me devolvieran el documento y de suprimir las palabras desdeñosas. Por lo que ve al público, no hubo perjuicio, pues nadie se enteró. Pero Batista, que ya tenía una copia del discurso, sabía que el Departamento de Estado había indicado con estas palabras que su actitud se volvía más rígida hacia su gobierno.

En la mañana del 23 de julio presenté mis credenciales al Presidente Batista como embajador extraordinario y plenipotenciario de los Estados Unidos en Cuba. La breve y digna ceremonia, basada en tradiciones centenarias, se verificó en el Salón de los Espejos del Palacio Presidencial a las once y media de la mañana. No se permitió que asistieran las damas.

En Cuba, la señora Smith fue la primera esposa de un embajador que observara nunca toda la ceremonia. El Presidente rompió este viejo precedente invitándola a observar la ceremonia desde una pequeña galería que dominaba un enorme salón con un magnífico techo abovedado.

¡No podía yo adivinar entonces que dieciocho meses más tarde estaría visitando en el mismo salón al hombre que Fidel Castro había designado Presidente del Gobierno Provisional, Manuel Urrutia!

Acompañado por una delegación de siete funcionarios militares y civiles de la Embajada de los Estados Unidos, presenté mis credenciales al Presidente Batista. En mi discurso de introducción, le dije al Presidente que tenía la intención de hacer un viaje por Cuba "en cuanto tuviera la oportunidad a fin de conocer al país y al pueblo". Afirmé que había sido "un admirador de Cuba desde hacía mucho tiempo", insistiendo en que sentía "verdadero afecto por el pueblo cubano".

El Presidente Batista respondió que se enteraba con placer de que en una ocasión futura me proponía viajar por la isla a fin de conocer mejor al país y a los cubanos. El Presidente cubano dijo que mis intenciones de viajar por Cuba le recordaban otras visitas semejantes que había hecho cuando vivía en los Estados Unidos. Dijo: "Tengo la impresión más placentera de vuestra patria." Y agregó: "No olvido, y guardo con cariño el recuerdo de que, a pesar de que era yo entonces un exiliado político, pude ganar, gracias a mi conducta, el respeto de mis vecinos en ese país para Cuba y para mí, sin duda porque nunca intenté infringir su modo de vivir, o las leyes del país, la generosa hospitalidad que se me brindaba."

Después del discurso, el Presidente Batista y yo sostuvimos una breve charla, y en ella el Presidente insistió de nuevo en que le complacía mi intención de viajar por Cuba. Ésa fue mi primera reunión con el Presidente Batista. Me produjo la impresión de ser un hombre resuelto, con la fuerza de un toro, del cual emanaba una personalidad vigorosa y agradable. Era un ejemplo extraordinario de hombre viril, de hombre de la tierra y de antecedentes diversos, que había subido, de ser un simple sargento, a la presidencia de su patria.

Al salir del Palacio, los soldados del batallón de artillería se pusieron firmes y presentaron las armas mientras la banda tocaba "Las Barras y las Estrellas". El Presidente Batista se asomó al balcón del Palacio y agitó la mano para despedirse cuando nuestros automóviles emprendieron la marcha.

Capítulo III

EL INCIDENTE DE SANTIAGO

Es costumbre que el embajador que acaba de llegar a un nuevo puesto dé una recepción a los miembros del personal de la embajada. Desgraciadamente, la residencia de la embajada no estaba lista para ser ocupada, por lo que mi esposa y yo dimos la recepción en el Hotel Nacional el 17 de julio, dos días después de nuestra llegada.

En dicha fiesta, en una conversación entre el primer secretario de asuntos políticos John Topping, el consejero ministro Vinton Chapin y yo, se decidió que deberíamos salir a fines del mes en un viaje que comprendería Santiago, en la Provincia de Oriente, nuestra base naval de Guantánamo, la Moa Bay Mining Company, propiedad norteamericana (subsidiaria de la Freeport Sulphur), con una inversión de setenta y cinco millones de dólares aproximadamente, y los yacimientos de níquel del gobierno de los Estados Unidos, con una inversión de más de cien millones de dólares.

En cuanto se anunció el viaje el 25 de julio, seis días antes de nuestra partida, quedó forjado el molde de nuestro viaje. Se anunció con la suficiente anticipación para permitir al gobierno preparar el clima de la visita. Pero también le dio tiempo a la oposición para preparar una manifestación. El viaje se dispuso para ajustarse a mis instrucciones de recorrer la isla. Fue aprobado por el Departamento de Estado y el Presidente Batista.

Aproximadamente a las ocho de la noche de la víspera de nuestra partida, fui informado de que las fuerzas del gobierno habían matado a tiros, en Santiago, a un dirigente del Movimiento 26 de Julio y a un distinguido hombre de negocios, Frank Pais y Raúl Pujol. Cuando recibí la noticia, asistía yo a una recepción que daba el personal de la embajada en honor de un funcionario del servicio exterior, que se despedía de nosotros. Nos preguntamos si el suceso sería accidental, o si habrían hecho aquello con el objeto de inducirme a suspender mi viaje a la Provincia de Oriente. Pensamos en la posibilidad de aplazar el viaje.

Si se aplazaba, los revolucionarios alegarían que el gobierno los había matado para impedir el viaje. Después de consultar con los miembros del personal de la embajada, se llegó a la decisión de emprender el viaje.

Salimos de La Habana en el aeroplano del agregado de aviación de la embajada la mañana del 31 de julio a las 7:00 a.m., y llegamos a Santiago a las 10:30. En la comitiva figuraban la señora Smith, tres agregados militares, el segundo secretario de asuntos económicos, el primer secretario de asuntos políticos, los funcionarios de negocios públicos y el jefe del servicio de inteligencia. Nos dirigimos al edificio colonial del Palacio Municipal de Santiago, donde me entregaron las llaves de la ciudad.

Nuestra llegada a Santiago, que es la capital de la Provincia de Oriente y la segunda ciudad de Cuba, ocurrió cuando la población se hallaba emocionalmente perturbada, al parecer debido a lo que había acontecido. Una huelga general de comerciantes de Santiago había cerrado a la ciudad. Esa tarde serían los funerales de los dos distinguidos revolucionarios. Millares de personas participarían en el cortejo fúnebre.

Cuando mi esposa y yo entramos en el Palacio Municipal, un hombre se abrió paso hasta donde nos encontrábamos y le puso en la mano tres rollos de película. Le suplicó que los sacara de Santiago. Mi esposa tuvo que negarse.

Mientras recibíamos las llaves de la ciudad de Santiago de Cuba y se pronunciaban los acostumbrados discursos, se podía oir un creciente murmullo de voces en el exterior. Las madres de Santiago hacían una manifestación en la plaza. Un grupo de unas doscientas mujeres —algunas de ellas muy jóvenes y, al parecer, representantes de la clase media superior— hacían una manifestación en el Parque Céspedes, frente al Palacio Municipal. Las mujeres iban vestidas completamente de negro. Muchas eran demasiado jóvenes para haber sido madres de hijos crecidos. Evidentemente, las habían llamado para la ocasión. Las manifestantes cantaban el himno nacional cubano y gritaban: "¡Libertad! ¡Libertad!" Cuando las mujeres quisieron romper los cordones de la policía, provocaron la ira de ésta y de los agentes de la inteligencia militar. Llegaron los carros de los bomberos, y éstos abrieron las mangueras, arrojando chorros de agua sobre las mujeres. Los policías, innecesariamente las obligaron a retroceder golpeándolas con las macanas.

Los miembros de nuestra comitiva se aburrieron de los discursos y se asomaron por las grandes ventanas que daban a la plaza, frente al Palacio Municipal. En cuanto la señora Smith y yo salimos a la calle, la manifestación aumentó. Algunas de las mujeres pudieron romper los cordones y llegar junto a nosotros. Las madres de Santiago se pusieron histéricas y luchaban por llegar a mí. Nos dejó aterrados la innecesaria rudeza y brutalidad de la policía. Algunas mujeres fueron derribadas al suelo, otras fueron metidas en el coche celular de la policía.

Los periodistas me preguntaron cuál había sido mi reacción ante los acontecimientos. Les dije: "Considero desafortunado el hecho de que algunos habitantes de Santiago de Cuba hayan aprovechado mi presencia aquí para hacer una manifestación y protestar contra su propio gobierno." La prensa no quedó satisfecha. ¿Aprobaba yo aquella brutalidad y la actitud de la embajada de los Estados Unidos hacia el gobierno

de Batista sería la misma que con el embajador Gardner? La prensa insinuaba que mi declaración podía ser interpretada en el sentido de que aprobaba el método con el que se había reprimido la manifestación.

En Santiago se presentó una de esas ocasiones en las que un enviado tiene que tomar una decisión inmediata. Les dije a los periodistas que habría una conferencia de prensa después del almuerzo.

Teníamos la creencia de que si no hubiera ocurrido el incidente de Santiago, tarde o temprano habríamos tenido que arrostrar una situación parecida. Todos sabían en la isla que mi antecesor, el embajador Arthur Gardner y la señora Gardner, habían sido amigos personales del Presidente Batista, al grado de jugar canasta varias veces a la semana. La oposición sostenía que el embajador Gardner había sido demasiado benévolo con Batista.

Comprendí que se había presentado un delicado problema diplomático y que había que resolverlo. La cuestión había llegado a un estado decisivo y no era posible eludirla. Tenía instrucciones del Departamento de Estado de hacer que cambiara la opinión prevaleciente en Cuba de que el embajador de los Estados Unidos intervenía a favor del gobierno cubano para perpetuar la dictadura de Batista. Al parecer, el gobierno consideraba que el Departamento de Estado estaba iniciando un "nuevo trato". El gobierno de Cuba quería saber a qué atenerse. En consecuencia, tanto la oposición como el gobierno querían que se definiera la actitud del nuevo embajador. Los dos bandos procuraban usar para su provecho cualquier cosa que yo dijera o hiciera. Los dos bandos recibieron la respuesta en Santiago: que no estaba yo a favor de uno u otro, sino que era imparcial en la lucha política cubana.

Después del almuerzo en el restaurante del Rancho Club de Santiago, en las afueras de la ciudad, en una conferencia informal de prensa hice la siguiente declaración:

Querría hacer la observación preliminar de que considero que el pueblo de Santiago aprovechó mi presencia aquí para hacer una manifestación y protestar contra su propio gobierno.

Como dije en la conferencia de prensa del 25 de julio, al pueblo norteamericano le entristece y le preocupa la inquietud política que ha conducido al derramamiento de sangre en Cuba. He recibido una carta firmada por las madres de Santiago de Cuba, la cual será objeto de mi cuidadosa atención y consideración.

Para mí es odiosa cualquier forma de acción policiaca excesiva. Lamento profundamente que mi presencia en Santiago de Cuba pueda haber sido la causa de manifestaciones públicas que provocaran las represalias de la policía. Confío sinceramente en que los detenidos por la policía como consecuencia de sus manifestaciones hayan sido puestos en libertad.

En respuesta a una pregunta sobre el propósito de mi visita, dije que "no fue únicamente por cortesía, sino para enterarme por mí mismo, y que tenía libertad de mi gobierno a ese respecto".

En respuesta a otra pregunta, agregué que "tenía libertad para observar e informar, pero no para intervenir". Con estas palabras terminó la conferencia de prensa.

Mientras se celebraban esa tarde los funerales de los revolucionarios en Santiago, visité el cementerio para dejar una corona en la tumba del héroe nacional de Cuba, José Martí.

En la ciudad de Santiago, el sepelio de Pais y Pujol se convirtió en una huelga general espontánea. Desde sus escondites en las montañas, las guerrillas de Castro atacaron las avanzadas militares aisladas de Minas y Bueyecito. Tendieron emboscadas a sus soldados, se apoderaron de sus armas y municiones, y prendieron fuego a un gran ingenio de azúcar en Maceo.

Esa noche cenamos tranquilamente en la casa del cónsul de los Estados Unidos, Oscar Guevara, y nos informaron que se había publicado un despacho informando que habían sido puestas en libertad más de treinta mujeres que habían sido detenidas en la mañana, durante la manifestación del Parque Céspedes.

A temprana hora de la mañana siguiente, primero de agosto, salimos hacia la base naval de los Estados Unidos en la bahía de Guantánamo. Después de los honores que se rinden a un embajador, el almirante me presentó a los jefes de departamento y otros dignatarios de la base, quienes formaron filas. Entonces hice un recorrido completo de esa enorme base naval de los Estados Unidos, una de las principales bases navales de este país que se encuentran fuera de los límites continentales de los Estados Unidos. Pasamos la noche en la base y estuvimos encantados con el almirante Ellis, la señora Ellis y los oficiales del Estado Mayor.

Una vez más quedaron suspendidos los derechos civiles en Cuba. El Presidente Fulgencio Batista suspendió el primero de agosto las garantías constitucionales en todo el territorio cubano durante un periodo de cuarenta y cinco días. Con esta suspensión, el gobierno tenía autoridad para catear las casas sin orden judicial, detener a los ciudadanos y privarlos de la libertad sin proceso. Con estos mismos poderes, el gobierno impuso la censura de la prensa y la radio.

Me vi de súbito ante la posibilidad de interrumpir el viaje. La declaración hecha en la conferencia de prensa de Santiago había hecho furor. Las palabras "Para mí es odiosa cualquier forma de acción policiaca excesiva", se tornaron explosivas. Batista las objetó, y algunos de sus amigos iniciaron una campaña para que me llamaran a mi patria. Los periódicos del gobierno me atacaron enconadamente. La prensa de los Estados Unidos reprodujo los ataques publicados en la prensa del gobierno cubano. Resolví no hacer caso de la tempestad, continuar mi viaje como lo había proyectado y dar mi informe completo al Departamento de Estado después de terminar el viaje y cuando hubiera vuelto a La Habana.

El día siguiente, 2 de agosto, salimos para la Moa Bay Mining Company y los dominios del níquel de Nicaro. En estas vastas montañas, cubiertas de pinos, hay grandes yacimientos de hierro. El gobierno de los Estados Unidos y la Freeport Sulphur invirtieron separadamente un total de ciento

setenta y cinco millones de dólares para la producción de níquel en estos dominios.

Mi viaje a Santiago demostró que todo lo que los Estados Unidos y sus embajadores hacían o dejaban de hacer en la América Latina afectaba a la situación política interna de estos países. Es necesario hacer observar e insistir en que cada acto de un diplomático norteamericano y cada palabra pronunciada oficialmente, y a veces extraoficialmente, en un país como Cuba, se consideraba intervención política, y dichas palabras se exageraban mucho más allá de su importancia. Todo esto hacía particularmente difícil la tarea de un embajador. Antes de Castro, los Estados Unidos eran tan importantes en la mente del pueblo cubano que al embajador norteamericano se le consideraba, lo repito, como el segundo personaje más importante de Cuba. Era un símbolo de poderío y, a la vez, de amistad.

La estrecha relación que existe entre nuestros dos países se remonta a muchos años. Los Estados Unidos y Cuba lucharon juntos en la Guerra Hispanoamericana de 1898. En su casa de campo, la finca "Kuquine", el Presidente Batista me enseñó orgullosamente la carta original escrita en 1902, del Presidente Theodore Roosevelt al Presidente Estrada Palma de Cuba. Era una carta de felicitación porque Cuba había ganado su independencia.

Durante muchos años, nuestras relaciones con Cuba se basaron en la Enmienda Platt, que se agregó al Proyecto de Apropiación del Ejército de 2 de marzo de 1901. El 22 de mayo de 1903, la Convención Cubana la agregó como apéndice de la Constitución Cubana. Para evitar que la suprimiera un poder que quisiera reformar la Constitución, la Enmienda Platt se incorporó también en un tratado celebrado entre los Estados Unidos y Cuba el 22 de mayo de 1903. Dicha enmienda, que daba a los Estados Unidos el derecho de intervenir en los asuntos internos de Cuba, estuvo en vigor hasta el 29 de mayo de 1934, cuando terminó por una declaración mutua la abro-

gación. Después de eso, Cuba alcanzó la soberanía plena. Se debilitó nuestra posición legal en Cuba, pero se fortaleció nuestro prestigio y nuestra significación.

Después de mi regreso a La Habana, me satisfizo enterarme de que el Secretario de Estado, John Foster Dulles, en una conferencia de prensa celebrada en Washington, me defendió calurosamente y defendió también la declaración que había hecho en Santiago. Dijo:

> Leí la declaración y deseo decir que es una declaración que, quizá desde un punto de vista estrictamente técnico, no sea enteramente correcta. Pero fue una declaración humana. Me alegro de que tengamos algunas; más aún, espero que muchos embajadores que no son meras máquinas automáticas, sino que tienen sentimientos de humanidad, los expresen a veces sin consideración, tal vez, a las minucias diplomáticas. Su declaración fue muy equilibrada y la hizo al considerar que lo habían complicado en un predicamento y había sido causa de él. Por una parte, lamentó que su visita hubiera sido aprovechada para hacer manifestaciones, y lamentó, por la otra, que para someter a los manifestantes se hubiera recurrido a lo que, en su opinión, eran brutalidades de la policía. Y una persona de carne y hueso, y de corazón, creo que, en las circunstancias del caso, habría hecho una declaración de la misma naturaleza. Estoy seguro de que aun cuando tal vez no fuera, en ciertos respectos técnicos, enteramente correcta, la entenderán las autoridades cubanas porque fue una cosa muy humana y, como digo, queremos que nuestros embajadores sean seres humanos.

En el *New York Times* del 3 de agosto de 1957 apareció el siguiente editorial:

> Nos complació oir que el Secretario de Estado Dulles defendió el martes a nuestro embajador en Cuba, Earl E. T. Smith. Por otra parte, a las declaraciones del secretario no les faltó importancia tanto como expresión del procedimiento diplomático como de una actitud implícita hacia la dictadura militar del Presidente Batista.
>
> Con la introducción de las comunicaciones por teléfono, teletipo, cable y radio, la diplomacia ha perdido mucho de su sabor personal. Un embajador puede tener el título de "plenipotenciario", pero rara

vez sucede que tenga que usar sus facultades en el punto y lugar donde se encuentre.

Sin embargo, hay ocasiones en que un enviado tiene que usar su juicio rápidamente. El señor Smith se encontró en tal situación en Santiago de Cuba el 31 de julio. Su visita inspiró una manifestación pacífica contra Batista, realizada por doscientas mujeres de la ciudad. El señor Smith vio que la policía trataba a las mujeres brutalmente y se enteró de que habían detenido a treinta. Como es natural, se sintió responsable y consideró que era un atropello, y, como "persona de carne y hueso, y de corazón" (para repetir las palabras del señor Dulles), protestó contra la "acción policiaca excesiva" y expresó la esperanza de que las mujeres detenidas serían puestas en libertad, como sucedió.

Esto —para repetir nuevamente las palabras del señor Dulles— "quizá no sea enteramente correcto" desde el punto de vista diplomático tradicional, pero fue "una declaración humana". Y también fue valiente. Las relaciones entre Cuba y los Estados Unidos habían empeorado seriamente desde antes de que llegara el señor Smith. Hizo más por restablecer las buenas relaciones de un golpe que lo que pudiera haber hecho la diplomacia más hábilmente tradicional en muchos meses.

¿Significa esto que ha cambiado la actitud del Departamento de Estado hacia el régimen dictatorial del Presidente Batista? Es evidente que los cubanos no lo creen así. El cambio de embajadores y la actitud del señor Smith se toman como indicaciones. Lo mismo sucederá con el apoyo que ha dado el señor Dulles al embajador Smith y su negativa a expresar una opinión acerca de la situación política de Cuba cuando se le pidió que lo hiciera el miércoles.

Descendió una cortina de tinieblas sobre Cuba con la imposición de la censura completa del primero de agosto. Es muy significativo el hecho de que la última noticia que saliera de Cuba sin haber sido censurada se refiriera a la defensa que hizo el embajador Smith de la decencia y la democracia. Muy bien puede haber existido cierta relación entre lo que sucedió en Santiago de Cuba y la suspensión al día siguiente de las garantías constitucionales. La puerta se cerró demasiado tarde.

Éstas fueron las últimas palabras lisonjeras que recibiría yo del *New York Times* y de su especialista en problemas latinoamericanos, Herbert Matthews. Cuanto más claramente vi a Fidel Castro en sus verdaderos colores, más se alejó de mí Herbert Matthews.

El primero de septiembre de 1957 asistí a las carreras de caballos en el Parque Oriental, de La Habana, porque le dieron mi nombre a una carrera. Centenares de cubanos se pusieron en pie y lanzaron vítores cuando entré. Según los periódicos cubanos, fue una de las mayores ovaciones que se hayan dado nunca a un individuo en los cuarenta y dos años de historia de las carreras.

La ovación no fue un tributo personal, ni fue un reconocimiento de virtud alguna como individuo, sino un vehemente tributo al respeto norteamericano por la humanidad, tan claramente expresado en Santiago.

Capítulo IV

DIFICULTADES CON BATISTA

Debido al furor creado por el incidente de Santiago, existió durante varias semanas una relación diplomáticamente incómoda, y comprendí que me correspondía a mí restablecer las relaciones diplomáticas normales con Batista. Fui a ver al Ministro de Estado Gonzalo Güell y le pedí una entrevista con el Presidente de la República.

El Ministro de Estado arregló la entrevista, y dos días después vi al Presidente de la República en el Palacio. Hablamos libre y francamente durante más de dos horas. Durante toda mi misión, ésta fue la única visita oficial que hice a Batista en el Palacio Presidencial. Todas las demás conferencias oficiales se celebraron en las noches, en su casa de campo, la finca "Kuquine", en las afueras de La Habana.

En esta reunión, le expliqué a Batista las circunstancias y razones de mi declaración de Santiago, a la cual se había opuesto su gobierno. Al principio protestó diciendo que yo era el embajador de los Estados Unidos acreditado ante su gobierno; por lo tanto, a él le debía mi "constancia" mientras estuviera en Cuba. Le contesté diplomáticamente que la embajada había sido acusada de tener relaciones muy estrechas con él. La oposición nos acusaba de perpetuar su régimen y mis instrucciones eran las de conseguir que los cubanos pensaran en la Embajada de los Estados Unidos sobre una base imparcial en los difíciles momentos políticos por los que estaba pasando

Cuba. Le hice observar al Presidente la presión que se ejercía sobre el Departamento de Estado debido a las relaciones tan amistosas de la embajada con él. Cuando le pregunté a Batista si sus acciones, o reacciones, habrían sido diferentes en mis circunstancias, en Santiago, acabó por decir que estaba de acuerdo conmigo y entendía mi situación.

Había cumplido mi primera misión de demostrar la posición imparcial de la embajada en los problemas políticos de Cuba. Nuestro intercambio de puntos de vista sirvió también para restablecer las relaciones diplomáticas satisfactorias entre los dos países.

Empecé a ampliar mis relaciones personales y a concentrar mi atención en la segunda misión: persuadir a Batista de que debería restablecer las garantías constitucionales y levantar la censura de la prensa.

Capítulo V

FIDEL CASTRO Y LA CIA

Hice un estudio intensivo sobre los antecedentes de Fidel Castro. Pasé días enteros hablando con personas que lo habían conocido desde la niñez. La opinión unánime fue de que Fidel era un terrorista inestable. Procuré, durante esta indagación y estudio exhaustivo, escuchar a cubanos sensatos e inteligentes que fueran opositores de Batista. Eran distinguidos profesionales, intelectuales y miembros del clero. Por mucho que se opusieran a Batista, creían que Castro sería peor para Cuba.

No es correcto suponer que la única oposición a Batista era la que ofrecían Castro y sus partidarios. Existía un poderoso elemento que se oponía a Batista y que no era terrorista. Representaba a la clase media y a la clase culta del país. Yo la consideré como la oposición legal, y en este elemento figuraban hombres que estaban capacitados para gobernar al país. Abrimos las puertas de la embajada a todas las tendencias del pensamiento político, comprendiendo la oposición legal. Pero no abrimos las puertas a los revolucionarios que intentaban derrocar al gobierno por la fuerza.

En mi testimonio del 30 de agosto de 1960 ante el Subcomité del Senado sobre la Seguridad Interior, se produjo el siguiente diálogo:

Senador Eastland: ¿Advirtió usted al Departamento de Estado que Castro era marxista?

Señor Smith: Sí, señor.

Senador Eastland: Y que el gobierno de Batista era amigo nuestro. ¿Fue eso lo que informó usted al Departamento de Estado?

Señor Smith: Permítaseme responder de la siguiente manera, que lo aclarará todo. Cuando fui a Cuba, salí de aquí con la impresión definida, según las orientaciones que recibí, de que el gobierno de los Estados Unidos tenía relaciones demasiado estrechas con el régimen de Batista y de que se nos acusaba de intervenir en los asuntos cubanos porque tratábamos de perpetuar la dictadura de Batista.

Después de haber estado en Cuba dos meses aproximadamente, y de haber hecho un estudio de Fidel Castro y los revolucionarios, me pareció evidente, como le parecería a cualquier otro hombre razonable, que Castro no era la solución, que si Castro llegaba al poder, no sería para bien de Cuba ni para bien de los Estados Unidos.

Desafortunadamente, algunos de los funcionarios de la embajada en La Habana siguieron creyendo hasta el fin que Castro era la salvación de Cuba. Transcurrió un lapso de tiempo de un mes, aproximadamente, entre la salida del embajador Gardner y mi llegada a Cuba. Durante ese periodo, la embajada de La Habana notificó al Departamento de Estado que el gobierno de Batista se deshacía de toda oposición calificándola de comunista, e informó que el llamar comunista a los opositores era el sistema acostumbrado por el gobierno de Cuba.

El 5 de septiembre de 1957, en la base naval de Cienfuegos, en la Provincia de Las Villas, los oficiales navales cubanos, con la ayuda de los revolucionarios civiles, iniciaron el mayor levantamiento hasta entonces contra el gobierno de Batista. La Embajada de los Estados Unidos recibió informes sobre los preparativos para la insurrección. El plan debía coordinarse entre las bases navales de La Habana y de Cienfuegos.

En La Habana, los responsables pospusieron la fecha del levantamiento, pero no lo comunicaron a los insurrectos de la base naval de Cienfuegos. Los elementos rebeldes pudieron apoderarse de la base y dominaron la ciudad entera durante algunas horas con la colaboración de los revolucionarios civiles armados. Se enviaron bombarderos a la base naval desde el

campamento de Columbia. Algunos de los pilotos, no queriendo matar a sus hermanos, dejaron caer las bombas en el mar. Tropas y tanques convergieron sobre Cienfuegos para aplastar la resistencia. El número total de muertos se calculó en más de trescientos.

Aunque la revuelta fue un fracaso y la aplastaron, hizo que Batista y su gobierno se dieran cuenta de que ya no podían contar con el apoyo ciego de las fuerzas armadas, de las que antes había estado Batista completamente seguro.

La información sobre la revuelta nos llegó por medio de nuestro agente número dos de la CIA en la embajada, cuyas actividades para dar ayuda y aliento a las fuerzas de Castro se revelaron en el consejo de guerra de los oficiales navales que participaron en la rebelión. En ese consejo se divulgó que un funcionario de la Embajada de los Estados Unidos había dicho a los revolucionarios que, si la revolución triunfaba y derrocaban a Batista, los Estados Unidos reconocerían a los revolucionarios, lo cual dio aliento moral a los rebeldes.

Aunque todos los funcionarios norteamericanos, cualquiera que fuese el servicio al que estuvieran comisionados, trabajan a las órdenes del embajador y deben informarle a él, no supe nada de las actividades de este agente de la CIA. Obró por cuenta propia. Dudo que el Secretario de Estado haya sido informado sobre este incidente.

Cito algunos párrafos del testimonio que rendí ante el Subcomité del Senado:

Señor Sourwine: Señor Smith, ya antes nos habló usted del agente número dos de la CIA en su misión, que fue sorprendido cuando daba ayuda y aliento a las fuerzas de Castro. ¿Quisiera contarnos qué fue lo que hizo?

Señor Smith: Sí. En septiembre de 1957, hubo un levantamiento de la armada en Cienfuegos, Cuba. En la Embajada de los Estados Unidos se tenía conocimiento de que se produciría una revuelta. Dicha información nos llegó por medio de la CIA o alguna otra fuente de la embajada.

Si me permiten divagar un momento, diré que eso es lo malo de los cubanos: hablan demasiado. Pero no sabíamos cuándo ocurriría.

Por último, nos enteramos de que se había aplazado la revuelta en Cienfuegos. Sin embargo, en La Habana, la armada se olvidó de comunicarlo a la armada de Cienfuegos, y éstos iniciaron el levantamiento sin que participara la armada de La Habana.

La revuelta fue aplastada por el gobierno de Batista.

En el consejo de guerra de los oficiales de la armada, se reveló que el agente de la CIA había dicho que si la revolución triunfaba, los Estados Unidos reconocerían a los revolucionarios.

No creo que el agente de la CIA se propusiera decir eso. A mí me contó que lo habían llamado para entrevistarse con unos hombres que se creía que eran médicos, porque estaban vestidos de blanco, y cuando le informaron que iba a ocurrir un levantamiento, le preguntaron cuál sería la actitud de los Estados Unidos.

Inadvertidamente insinuó, cosa de la que no estoy muy seguro, que los Estados Unidos podrían darles su reconocimiento.

En cuanto la embajada se enteró de esto, convoqué una reunión del personal y di a conocer la disposición de que (ni) el embajador, ni ninguna otra (persona) podría hacer (ninguna declaración) sobre quiénes serían reconocidos por los Estados Unidos; sólo había dos personas en los Estados Unidos que tenían esa atribución:

Una era el Secretario de Estado y la otra el Presidente de los Estados Unidos.

La información de lo que había ocurrido me la dio Batista, que estaba indignado. Sin embargo, le expliqué lo (que había) sucedido y le dije que el agente de la CIA lo había hecho inadvertidamente y no se había dado cuenta de lo que decía ni de quiénes eran las personas con quienes hablaba.

Batista se mostró comprensivo y no me pidió que el agente saliera del país.

En septiembre de 1957, le pedí al jefe de la sección de la CIA agregada a la embajada que revisara las cifras sobre la fuerza del Partido Comunista en Cuba, tanto en lo que se refería a sus miembros como a los simpatizadores de los comunistas.

Me parecían dudosos nuestros cálculos porque nueve años antes, cuando los comunistas votaron por última vez en Cuba como partido con el nombre de comunistas, emitieron más de ciento veinte mil votos y Juan Marinello era el candidato.

A pesar de ello, los cálculos de la CIA de la embajada sobre la fuerza del Partido Comunista en Cuba indicaban que sólo había diez mil miembros, y aproximadamente veintitantos mil simpatizadores.

Es interesante hacer observar que el funcionario de la CIA era de mente cerrada y le incomodaban mis referencias a Fidel, que yo hacía en numerosas ocasiones durante nuestras reuniones del personal en las mañanas. En dichas reuniones, acostumbraba yo referirme a Fidel Castro como el "proscrito" y el "jefe de bandidos" de las montañas. En broma le preguntaba si no era "fidelista".

Esta incomodidad se manifestó en una observación que hizo cuando salía de mi oficina. Después de que le pedí que revisara sus cifras, oí que decía: "No nos importa lo que usted piense." Comprendí que esa observación podía haberla pronunciado inadvertidamente, como si fuera hipo. Sin embargo, también era indicio del esnobismo intelectual de los funcionarios de carrera contra los que han sido nombrados políticamente.

Este funcionario fue transferido más tarde a otro puesto. La decisión la tomaron en Washington, por propia voluntad de la CIA, porque ya había estado mucho tiempo en la embajada de La Habana.

Los funcionarios de carrera y los funcionarios del servicio exterior son los profesionales del Departamento de Estado. Se enorgullecen de serlo y, como es fácil entenderlo, tienen un gran espíritu de solidaridad o compañerismo. Existe un resentimiento inevitable entre estos profesionales contra uno que ha sido designado políticamente, ya sea embajador, Subsecretario de Estado o inclusive Secretario de Estado. Los profesionales consideran que los políticos no ocupan sus puestos más que breve tiempo.

El 3 de abril de 1958, el jefe del Departamento Centroamericano de la CIA visitó a la embajada de La Habana después de hacer una visita a Panamá y Venezuela. Me dijo que compartía mi temor de la influencia comunista en Cuba. La CIA

tenía conocimiento de los lazos comunistas con Raúl Castro y el Che Guevara. Sin embargo, es significativo que a la CIA no le preocupara que Fidel Castro fuera comunista.

Casi once meses después de que Castro tomó el poder, el 5 de noviembre de 1959, se produjo el siguiente intercambio de puntos de vista ante el Subcomité de Seguridad Interior del Senado de los Estados Unidos entre el Senador Olin D. Johnston y el general C. P. Cabell (director suplente de la Agencia Central de Inteligencia):

Senador Johnston: ¿No es cierto que (Castro) es más peligroso que si aclarara las cosas y dijera que es comunista?

General Cabell: Personalmente, convengo en que tal vez Castro perdería gran parte del apoyo popular, o la mayoría de él, si ocurriera eso. Sin embargo, creemos que Castro no es miembro del Partido Comunista, y no se considera comunista.

Senador Johnston: Él sabe muy bien que, si saliera abiertamente a favor de los comunistas, dejaría de ser útil.

General Cabell: Es cierto. Hasta donde pierda el apoyo público, pierde la capacidad de alcanzar sus metas, aunque podría pintarse a sí mismo como víctima de las maquinaciones contrarrevolucionarias.

Varios meses después de que ocupé el puesto de jefe de misión en La Habana, envié un telegrama a Allen Dulles, director de la Agencia Central de Inteligencia, con la siguiente indicación: "Para ser leído únicamente por Allen Dulles." El telegrama recomendaba poner un agente entre los primeros oficiales de las fuerzas de Fidel Castro, que entonces se ocultaban en las montañas de la Sierra Maestra, de manera que la CIA pudiera estar informada sobre el grado de infiltración comunista y sobre el grado del dominio comunista en el movimiento castrista (Movimiento 26 de Julio). Debo suponer que nunca se hizo, ya que, de lo contrario, habrían estado mejor informados.

Capítulo VI

LA CUERDA FLOJA

Al principio, los miembros de la colonia norteamericana temían que yo estuviera frecuentando demasiado a la oposición. Advirtieron que jugaba al golf con el ex embajador de Cuba en los Estados Unidos, Luis Machado, y con el representante de la industria azucarera cubana en Washington, Joaquín Meyer, de quienes se sabía que eran opositores de Batista. Los intereses comerciales norteamericanos estaban a favor del gobierno de Cuba, pues éste les daba protección contra los intentos de sabotaje de los terroristas y las correrías y el pillaje de los revolucionarios.

Poco después de mi llegada a Cuba, el embajador francés, Philippe Grousset, dio una cena oficial para mi esposa y para mí. El ex Primer Ministro, Jorge García Montes, se negó a asistir. Otros funcionarios del gobierno de Cuba tenían temor de que los vieran conmigo porque consideraban que yo no era simpatizador de Batista.

Como mis simpatías parecían inclinarse hacia Castro cuando llegué a Cuba, el Ministro de Estado Güell dijo más tarde que había escrito a los Estados Unidos para indagar sobre mis antecedentes. Era un diplomático de la vieja escuela, para quien los antecedentes familiares significaban mucho. Declaró que había recibido la noticia de que mi padre era un caballero, de quien se tenía buena opinión en los Estados Unidos. El

doctor Güell quedó convencido de que yo vería las cosas correctamente.

Cada vez me parecía más evidente que el Movimiento 26 de Julio, encabezado por Castro, abarcaba a todos los elementos de ideas políticas radicales y de inclinaciones terroristas de Cuba.

A principios de 1958, la radio de Moscú apoyó abiertamente a los revolucionarios de Castro. En los primeros días de marzo de 1958, informé al departamento que el ejército cubano había anunciado que la noche anterior la radio de Moscú había hecho transmisiones de onda corta pidiendo ayuda para las fuerzas de Castro e incitando a derrocar al gobierno de Cuba. Durante todo el año de 1958, la radio de Moscú apoyó al Movimiento 26 de Julio.

En los primeros días de noviembre de 1957, las organizaciones revolucionarias habían formado un Pacto de Unidad en Miami, Florida, conocido como "Junta de Liberación Cubana". El Movimiento 26 de Julio era el grupo revolucionario más importante, pero las demás organizaciones representaron un papel muy importante en las actividades contra Batista.

Cualquier ilusión de que sería posible reprimir a Castro o de que colaboraría con otros elementos de la oposición se disipó el 14 de diciembre de 1957 con una carta que dirigió Castro a la Junta de Liberación Cubana. En ella se puso de manifiesto que era un ególatra dictatorial. Atacaba la organización de los otros grupos revolucionarios. Atacaba el Pacto de Unidad de estos grupos, formado en Miami, Florida. Atacaba tanto a Raúl Chibás como al doctor Felipe Pazos porque se habían atrevido a firmar a nombre del Movimiento 26 de Julio. Dijo que ninguno de los dos tenía atribuciones para firmar en nombre de su movimiento. Esta carta reveló las intenciones de Castro de colocar en el poder a su candidato a la presidencia provisional, y de dominar el gobierno en persona.

Dos de sus ardientes partidarios, el doctor Manuel Antonio de Varona, del Partido Auténtico, y Faure Chomon, dirigente del Directorio Revolucionario, atacaron los objetivos de

Castro, según los expresaba en esta carta. Algunos de los partidarios de Castro en los Estados Unidos, debido a su contenido, renunciaron al Pacto de Unidad de Miami. Tenían miedo de sus intenciones demagógicas.

Cada vez se hacía más claro para quienes tenían la mente abierta, que Cuba se desgarraba en una lucha entre un dictador derechista y corrompido que demostraba su amistad a los Estados Unidos, y un supuesto dictador izquierdista, que podía ser comunista. Así como el mundo se negó a creer lo que decía Hitler en *Mein Kampf*, así fueron pocos los que hicieron caso de los anuncios públicos de Castro en varias ocasiones antes de desembarcar en Oriente, en diciembre de 1956, de sus planes e intenciones socialistas. Era más popular considerar al barbudo terrorista como un cruzado, inclusive como un salvador.

Batista pudo seguir en el poder debido a que tenía: *a)* el apoyo de las fuerzas armadas, *b)* el apoyo de los dirigentes obreros, y *c)* debido a la prosperidad económica general de la isla.

Capítulo VII

CENSURA Y PROPAGANDA

A los norteamericanos que vivían en Cuba les incomodó la censura de la prensa.

En La Habana circulaban los siguientes periódicos de los Estados Unidos: el *Miami News,* el *Miami Herald,* el *New York Times* y el *Herald Tribune.* Cada uno de ellos fue recortado por los censores de La Habana cuando se referían a las actividades de los terroristas. Las revistas de noticias *Time* y *Newsweek,* pasaban por las tijeras de la censura del gobierno. Los norteamericanos que vivían en Cuba, abarcando al personal de la embajada, que creían en el principio de la libertad de prensa, no quedaron satisfechos hasta que desaparecieron los agujeros en todos los periódicos de La Habana, lo cual no ocurrió hasta que se restablecieron las garantías constitucionales.

El general Cabell, director suplente de la Agencia Central de Inteligencia, declaró ante el Subcomité de Seguridad Interior del Senado de los Estados Unidos que uno de los medios usados por los comunistas para influir en Castro fue "mediante sus órganos de propaganda abierta, los comentarios de la radio y la televisión, y la publicación de noticias escogidas o falsas, con la esperanza de los comunistas de evitar que Fidel y el público cubano se enteraran de las noticias favorables a la política de los Estados Unidos y de explotar las noticias desfavorables a los Estados Unidos".

De la misma manera, algunas de las publicaciones liberales de los Estados Unidos se convirtieron en instrumentos inconscientes de la propaganda comunista porque publicaban noticias escogidas e inexactas sobre los sucesos de Cuba y les daban un tono desfavorable al gobierno cubano y favorable a Castro.

La prensa contribuyó mucho para crear la ilusión popular de que debido a que Batista era el dictador que detentaba ilegalmente el poder, Castro, en cambio, tenía que representar la libertad y la democracia. Desde 1917, los pueblos del mundo han estado buscando "buenos dirigentes", "buenos dictadores", "buenos gobiernos". Por lo común, han permitido que personas tales como Stalin, Hitler y Mussolini los gobiernen. Así nació un culto del buen dictador y del mal dictador. Para algunos, Castro parecía un buen dictador antes de que subiera al poder.

Antes de que Castro saliera de Cuba, él y muchos otros dirigentes del Movimiento 26 de Julio eran miembros activos de la Federación Estudiantil Universitaria (FEU), que en gran parte fue responsable de los actos de terrorismo y motines que se produjeron en Cuba antes de que Fidel Castro desembarcara en las montañas de Oriente en diciembre de 1956. Desde 1952, la FEU era una organización terrorista y se sabía que la habían infiltrado los comunistas. Tenía una historia de participación en actividades gangsteriles comunes y se encontraba bajo la influencia comunista.

Cuando Fidel Castro estuvo en Costa Rica, México y otros lugares, sus discursos de dirigente estudiantil revelaban claramente su tendencia marxista de pensamiento político. Además, sus entrevistas durante el tiempo en que estuvo en México como exiliado indicaban igual tendencia de pensamiento político.

Hubo un momento en que algunas personas que tenían autoridad en los Estados Unidos y algunos periódicos no

querían que Castro fracasara en ninguna circunstancia. Dichas personas estaban tan estrechamente vinculadas al concepto revolucionario, que inclusive parecían dispuestas a arriesgar la perspectiva del dominio comunista de Cuba. No acuso a nadie de falsificar deliberadamente los hechos, pero, desde mi puesto, pude percatarme de la parcialidad de los informes, y la parcialidad era siempre favorable a Castro.

Las simpatías del mundo libre estaban a favor de Castro, quien había sido pintado por la prensa liberal como un Robin Hood. Todo acto de violencia de parte de Batista recibía gran publicidad en las primeras páginas. Poca mención se hacía de la violencia de los terroristas.

En las plazas públicas de Cuba, los terroristas hacían estallar bombas. Mujeres y niños quedaban lisiados. Los rebeldes castristas ponían bombas en los teatros, las escuelas, las tiendas, en todas aquellas partes donde se reuniera una multitud. Los terroristas se volvían cada vez más osados en La Habana. Todo ello era parte de la campaña de terror para desorganizar la economía del país. En la prensa norteamericana se hacía poca mención de estos actos de violencia.

Al público norteamericano se le hizo creer, mediante una falsa propaganda, que los problemas fundamentales de Cuba eran económicos y sociales. No es cierto. Los problemas fundamentales eran políticos. El mejor año económico de la historia cubana fue el de 1957. Durante veinticinco años después del derrocamiento del Presidente Machado, el nivel de vida de Cuba se elevó hasta figurar entre los más altos de la América Latina. La balanza comercial favorecía a los Estados Unidos cuando estuve de jefe de misión en La Habana. Cuba compraba más artículos en dólares de los Estados Unidos que lo que los Estados Unidos compraban de Cuba, aun cuando los Estados Unidos adquirían aproximadamente 3.000,000 de toneladas de azúcar al año de Cuba con un subsidio de más de dos centavos por libra, lo cual representaba, aproximadamente, la mitad de la producción azucarera cubana.

En 1957, los ingresos nacionales de Cuba fueron de 2,397.000,000 de dólares [1]. La población era, aproximadamente, de 6.500,000 de habitantes.

Ingresos Nacionales en Millones de Pesos [2]

1953	1954	1955	1956	1957	1958
1,842	1,841	1,899	2,076	2,397	2,267

El peso cubano había estado a la par con el dólar de los Estados Unidos, salvo durante el periodo de 1936 a 1941. Los ingresos nacionales de Cuba habían descendido 130 millones en 1958 en comparación con el año 1957. Batista huyó de Cuba el primero de enero de 1959.

En julio de 1956, el Departamento de Comercio de los Estados Unidos publicó "Inversiones en Cuba", el cual decía:

> La vida mínima para sobrevivir, que tanto prevalece en muchas regiones de la América Latina, no es característica de Cuba, cuyos ingresos nacionales reflejan la economía de salarios del país. La compensación de los empleados representó del 56 al 61 por ciento de los ingresos nacionales totales entre 1946 y 1949, y del 59 al 65 por ciento entre 1950 y 1954.
>
> Los ingresos nacionales de Cuba han alcanzado niveles que dan al pueblo cubano uno de los niveles más altos de vida en la América Latina. La misión económica y técnica del Banco Internacional de Reconstrucción y Fomento dijo lo siguiente en su informe sobre Cuba, en 1951:
>
> "La impresión general de los miembros de la misión, gracias a sus observaciones hechas en los viajes por toda Cuba, es de que el nivel de vida de los agricultores, campesinos, obreros, tenderos y otros, es más alto que en los grupos correspondientes de diversos países tropicales y en casi todos los demás países latinoamericanos. Esto no quiere decir que no haya miseria en Cuba, sino, sencillamente, que, en términos relativos, los cubanos se encuentran en mejores condiciones que los pueblos de otras regiones."

---

[1] Según las cifras compiladas por el Fondo Monetario Internacional, mayo de 1962, Vol. XV, número 5.

[2] *Ibid.*

Esta afirmación, escrita en 1951, resume también la situación de 1956.

A ningún observador experimentado en la América Latina puede dejar de impresionarle la variedad, cantidad y calidad de mercancías que se exhiben en los pueblos provincianos y en las ciudades de la isla. Aunque se exhiben predominantemente artículos tales como refrigeradores mecánicos, estufas de gas y aparatos de televisión, la impresión más vigorosa la forma una inspección de las tiendas que venden artículos para el hogar, ropa y comestibles. Los artículos de esta naturaleza dan un indicio más exacto del poder adquisitivo en la América Latina que los automóviles, la televisión o los refrigeradores.

La cosecha de azúcar, con el subsidio norteamericano, daba a Cuba un presupuesto saneado. El Congreso Cubano promulgó una ley cuando era presidente del mismo el hábil político doctor C. Márquez Sterling, la cual determinaba que las utilidades deberían repartirse entre los propietarios de tierras, agricultores y trabajadores de acuerdo con el precio medio del azúcar, con lo que era imposible la explotación.

El doctor Márquez Sterling, principal candidato presidencial de la oposición en 1958, que era también presidente de la Asamblea que promulgó la Constitución de 1940, hizo observar que:

En Cuba existía el derecho de poseer la tierra, lo cual hacía imposible que los hacendados, arrendatarios, copropietarios y trabajadores del campo fueran desposeídos ni siquiera por el Estado mismo, mucho menos por los grandes monopolios que, en Cuba, como sucede inclusive aquí, en los Estados Unidos, buscan siempre las áreas empobrecidas. Dichos monopolios obligaron a Cuba, como también fue necesario hacerlo en està gran democracia (los Estados Unidos de América), a promulgar leyes antimonopolistas para proteger esos derechos.

Aunque Cuba sufrió desigualdades, como las sufren todos los países actuales, los problemas que quería resolver con su lucha armada tenían su origen en una política que se oponía a las libertades públicas. Pero, como fácilmente puede corroborarlo cualquiera que estudie la materia, el caso fue que, coincidiendo con esta lucha por el poder público, nuestro país gozaba de gran prosperidad, ya que el año 1957 fue el mejor en toda nuestra historia por lo que ve a la economía y las finanzas.

Efectivamente, como consecuencia de la revolución verdaderamente social y económica de 1933, los últimos veinticinco años de nuestra existencia como república vieron que Cuba alcanzó grandes alturas, y en algunos aspectos la pusieron entre las primeras filas del continente americano.

La vigorosa economía y el hecho de que Cuba gozara de un nivel de vida más alto que el de la mayoría de las naciones latinoamericanas se debía, en cierto grado, a los estrechos lazos que existían entre los Estados Unidos y Cuba, y la influencia de las grandes inversiones norteamericanas en la isla.

Capítulo VIII

LA DISOLUCIÓN

Durante los dieciocho años en que fue, alternadamente, la fuerza dominante en la política de Cuba, Batista había hecho mucho por conservar la solidez de la economía. Estimuló los programas de obras públicas, obtuvo la ayuda de las inversiones extranjeras, construyó escuelas, hoteles y muchas carreteras. Se construyeron tantos hoteles durante los casi dos años en que estuve en Cuba, a fin de atender a otra fuente de ingresos, los turistas, que el perfil de La Habana empezó a parecer una Isla de Manhattan en miniatura. Sin embargo, en las pequeñas poblaciones del centro de la isla las condiciones de vida dejaban mucho que desear. En las pequeñas aldeas había pocos refrigeradores para los víveres en la tienda. Muchas veces la calle principal no era más que un camino de tierra. Pocas casas, si acaso, tenían calefacción, y durante las súbitas temporadas de intenso frío, sufrían los ancianos y los pobres. En el interior se necesitaban alojamientos modernos de costo reducido. Sólo había hospitales a muchos kilómetros de distancia. Las escuelas eran edificios provisionales. Fuera de la Provincia de La Habana, el país era pintoresco, pero retrasado.

Aunque Cuba fue la última de las repúblicas latinoamericanas que consiguió la independencia, una comparación de las cifras demuestra que ocupaba uno de los lugares principales en el desarrollo económico.

En 1900, dos años antes de que se independizara, su población era, aproximadamente, de 1.600,000 habitantes, y el país era pobre. En los cincuenta y seis años de independencia, la población aumentó a más de 6.500,000 y, gracias al sistema de libre empresa, los cubanos construyeron una próspera república.

Entre algunas de las razones que podría mencionar (aunque no son todas ni las enumero en el orden de su importancia) para explicar la caída de Batista figuran las siguientes:

1) Lo que hacían día a día los del Cuarto Piso del Departamento de Estado [1].

2) El empeño en derrocar a todos los dictadores izquierdistas, de parte de ciertas personas e instituciones influyentes de los Estados Unidos.

3) La falta de honradez y la corrupción que provocaron la desintegración del gobierno cubano y afectaron a las fuerzas armadas.

4) Los métodos violentos de los órganos encargados de hacer cumplir la ley.

5) La necesidad de elecciones libres y abiertas.

6) La falta de educación de las masas.

7) La necesidad de escuelas y hospitales en las provincias del interior.

8) La necesidad de alojamientos de costos reducidos en el interior.

9) Diversificación de la economía: Cuba dependía demasiado de un solo producto, el azúcar. Toda la economía del país se basaba en el volumen y el valor de la cosecha de azúcar. El volumen afectaba al empleo de los trabajadores, la duración de la zafra, el tráfico ferroviario y el movimiento de los puertos. El valor de la cosecha de azúcar determinaba los salarios y la cantidad de dinero que había en circulación. Durante la temporada del azúcar, había prosperidad en el interior de la isla. Durante la temporada muerta de la cosecha de azúcar, el gobierno de Batista creaba empleos para los trabajadores mediante gastos que producían déficit. Se hicieron intentos para rectificar la dependencia cubana del cultivo de la caña de azúcar diversificando su producción agrícola, fomentando la industria minera y la industria ganadera y lechera.

---

[1] Las referencias al Cuarto Piso del Departamento de Estado deben tomarse simbólicamente. El Cuarto Piso es donde tienen sus oficinas los funcionarios que se ocupan de los asuntos latinoamericanos.

El 30 de agosto de 1960 se produjo el siguiente diálogo sobre "La Caída de Batista" en las audiencias del Subcomité del Senado de los Estados Unidos:

Senador Eastland: ¿Alguna vez ganó Castro una batalla?

Señor Smith: Castro nunca tuvo una victoria militar. Las más grandes victorias que alcanzó fueron incursiones contra los cuarteles cubanos que están esparcidos en el interior, y pequeñas escaramuzas con las tropas del gobierno.

Senador Eastland: ¿Cómo llegó al poder? En primer lugar, ¿por qué se fue Batista?

Señor Smith: ¿Por qué se fue Batista?

Senador Eastland: Sí.

Señor Smith: En mi opinión, si los Estados Unidos hubieran sido completamente imparciales, Batista no se habría tenido que ir de Cuba hasta después de que hubiera tomado posesión el presidente electo (Rivero Agüero).

Senador Eastland: No tenía que haberse ido. No lo habrían derrotado con la fuerza armada.

Señor Smith: Permítaseme decirlo de esta manera: hay muchas razones para que Batista se fuera. Batista había dominado con intervalos durante (dieciocho) años. Su gobierno se estaba desintegrando, al final, debido a la corrupción (y) al hecho de que había estado demasiado tiempo en el poder. La brutalidad de la policía iba empeorando.

Agregué también:

El hecho de que los Estados Unidos no apoyaran ya a Batista tuvo un efecto sicológicamente devastador en las fuerzas armadas y en los dirigentes del movimiento obrero. Esto contribuyó mucho para provocar su caída.

Por otra parte, lo que hicimos en los Estados Unidos fue causa de que subiera Castro al poder. Hasta que ciertas porciones de la prensa norteamericana empezaron a escribir artículos desdeñosos contra el gobierno de Batista, la revolución castrista no había progresado.

Batista incurrió en el error de exagerar la importancia de (doctor Carlos) Prío (Socarrás), quien residía en Florida, y de menospreciar la importancia de Castro. Prío trabajaba desde los Estados Unidos, desde Florida, enviando a los revolucionarios armas, municiones, soldados y dinero.